

LUIS JUNCO, *Una carta de santa Teresa*, Ediciones de La Discreta, Madrid, 2005

Esta última novela de nuestro compañero Luis Junco nos lleva de la mano de Isidro, un joven médico, hasta un pueblecito del interior de la isla de Las Palmas en el verano de 1888. Por allí ha aparecido nuestro protagonista con la intención de marchar pronto para América y sólo descansar en el lugar para poder seguir su recorrido por la isla. Pero al igual que a Isidro este espacio le sedujo, a nosotros nos atraparé de inmediato, tanto por los seres que lo pueblan como por los hechos que han sucedido y se sucederán en ese universo narrativo que es *Una carta de santa Teresa*. Esta tierra descubierta nos hace sentir la fuerza de su naturaleza, una naturaleza que transmuta, en muchas ocasiones, lo real en mítico y en mágico.

El título de la novela no ha de confundirnos del sentido último de la misma, aunque la carta de santa Teresa actúa como trasunto literario de una intriga magistralmente configurada. La novela es un viaje en el tiempo para conocer el origen y la identidad del ser, representado en Isidro, quien se ve conducido hasta un lugar y unos acontecimientos que le empujarán a ahondar en el conocimiento de sí mismo y en el sentido que ha de cobrar su vida. Y todo urdido, tal vez, por el azar o la casualidad como condicionantes unívocos del destino humano.

La estructura de la novela no es algo fortuito en este caso, sino más bien una sabia y meditada decisión de su autor. Dos textos en primera persona abren y cierran el conjunto narrativo para arropar los ocho capítulos, fragmentados en su mayor parte por tres o cuatro secuencias. En ellos, a través de un narrador omnisciente en tercera persona, se desarrolla la trama de la obra con una medida e intensa intriga a lo largo del relato, y con *tempo demorado* en su primera mitad, acorde con la atmósfera imperante, que va adquiriendo dinamismo a partir del capítulo 5 de la novela. Los textos que encabezan y culminan el libro otorgan sentido y explicación al mismo. Especial mención requieren los dos primeros, nos referimos a “*De la exhumación de las almas*” y “*De la ordenación y la clasificación*”, que nos aclaran el origen del hecho narrativo a través de la metáfora de las almas, para referirse a la configuración del mundo novelesco o de ficción que el autor ha urdido para tejer los personajes y espacios de la novela. Es pues, eso que se conoce con el nombre de metaliteratura, explicación del hecho literario, un recurso que le confiere actualidad última a la obra y que destaca su cuidada factura.

En *Una carta de santa Teresa* nos vemos, desde el comienzo, sorprendidos, empapados y subyugados por el espacio narrativo que se configura en el pequeño pueblo del interior de la isla. Allí asistimos a la presencia de una naturaleza impregnada de misterio desde el comienzo de la novela como podemos observar en este fragmento:

“De regreso a la fonda, no podía dejar de pensar que había en la sonrisa del párroco un reflejo del misterio y la atmósfera oculta de aquel pueblo [...] Más tarde, mientras cenaba frugalmente un vaso de leche y una tortilla que doña Hilaria le Había subido a la habitación, pensó que no era sólo en la sonrisa del cura en donde se manifestaba aquello, sino que todo allí, ya fuera animado o inanimado, parecía participar de idéntica condición, -en el aire balsámico de la tarde se escondían aromas agrestes, fuertes fragancias que invadían por momentos el olfato, mientras que la pupila, adaptada al tono homogéneo de una fachada blanca o el verdor de una fronda, tenía que hacerse a los bruscos cambios

de color que, como violentos estallidos de luz, producían una puerta de color calabaza, el amarillo de las mazorcas colgando de un balcón oscuro o el esplendor blanco y rojo sangre de los geranios y las buganvillas. En cuanto al paisaje, y aun habituado a las montañas y serranías del Alto Aragón, pensó que nunca había visto un relieve como aquel, en donde en veinte pasos se pasaba de un llano a los pies un paredón abrupto, y en otros veinte a los bordes de un profundo precipicio, en la lejanía, luces y sombras producían la impresión de estar observando una fantástica figura de infinitas aristas. [...] Sí, todo parecía formar parte de una misma armonía, sutil y delicada como un velo de tul que lo cubriera todo, pero bajo la cual se escondían fuertes contrastes y oposiciones, un magma ardiente dispuesto a manifestar todo su poder de belleza y destrucción.”

También un espacio social aparece ante nosotros para acaparar, engullir y vigilar a todos los que seres que lo habitan, y que se convierte en el paradigma organizativo de muchos pueblos de España: el cura, el juez, el maestro, el médico, el cacique... A veces el relato crea ante el lector la sensación de que se encuentra a medio camino entre lo mítico y lo espectral, a ello contribuyen algunos seres fantasmales como Venancio, el párroco, la primera aparición de Antonia, Rafú –el criado del Coronel- o el extraño individuo que se le aparece en tres ocasiones al doctor –una especie de *alter ego* que le ayuda a reflexionar sobre su sentido en esa tierra-. Como consecuencia, la atmósfera de la novela nos apunta un lugar excesivo y alucinante, que nos remite a los universos narrativos de J. Benet en Región, de García Márquez en Macondo, o de Juan Rulfo en Comala.

Una carta de santa Teresa es, como se ha escrito, una novela total. Dado que contiene variados estilos narrativos, sabiamente constituidos en un solo cuerpo de ficción. Así es novela realista, con el componente mágico aludido, que va dando cuenta minuciosa de todo aquello que sucede en el exterior e interior de los personajes y de los espacios que constituyen su mundo. Allí nos recreamos a través de un narrador externo que lo conoce y analiza todo y que de vez en cuando nos va dando pequeñas anticipaciones de lo que podrá ocurrir más adelante. También es una novela de intriga, que se milimetra y dosifica para crear interés en el lector a través de unos extraños acontecimientos y conductas poco comunes, pero sobre todo por medio de “una carta perdida de santa Teresa”, que todos quieren encontrar y poseer porque con ella se obrará un milagro. Es además una novela que retrata la sociedad de una España convulsa que ha visto aplastados sus sueños tras el fracaso de La Gloriosa, pero que anhela en el personaje de Don José María, el maestro del pueblo, un mundo más justo, plural y laico.

La novela se muestra ante todo como una historia que nos sujeta hasta el final, de igual modo que esa tierra, encarnada en el personaje de Antonia, atrapó a Isidro o hizo volver al telegrafista con su familia, yo que espero que os atrape a todos como lo ha hecho ya conmigo. No olvidemos, por último, que se trata de una novela con final abierto, porque sabe alguien quién tiene la carta, ¿lo sabéis vosotros? ¿lo sabes tú, Luis? ¿Acaso la encontraste exhumando aquellas almas y con ella pudiste hacer este prodigio de novela? Gracias a todos.

OLGA SÁNCHEZ HERNÁNDEZ
IES MARÍA GUERRERO
3 DE MARZO DE 2005